

Ana María Shua

Este pícaro mundo

Ilustraciones
de Noemí Villamuza



ANAYA



LOS MUY PÍCAROS

Encantadores y peligrosos, reyes del timo y caballeros de la gracia, los pícaros son parte de este mundo desde que existe el lenguaje humano: es decir, la posibilidad de bromear y de mentir.

No hay pueblo que no tenga los suyos, muchas veces encarnados en animales. El zorro, por su habilidad para hacerse el muerto, ha sido considerado un animal astuto por excelencia en toda Europa. Pueblos tan alejados como los sioux, indígenas norteamericanos, y la tribu africana de los ashanti consideran a la araña como el más inteligente de los animales, quizás por su habilidad para tejer sus intrincadas telas. La tortuga, con su capacidad de esconderse dentro de su caparazón, hace picardías entre los indios guaraníes de América del Sur, con el nombre de Jabuti. Y para los yorubas, de África, es el tramposo y divertido Ijapa.

Los esclavos negros llevaron consigo su equipaje de cuentos y leyendas, y fue así como Anansi, la pícaro araña yoruba, cruzó el océano, y sus cuentos forman parte del folclore de Jamaica. Lo mismo pasó con Leuk, la liebre, que se convirtió en Estados Unidos en el Hermano Conejo.

Muchos pícaros, antes de pasar a la leyenda, fueron personajes históricos, como Choja, Nasrudim Avanti o Bertoldo. Todos ellos formaron parte de la corte de hombres poderosos, donde eran un poco bufones y otro poco consejeros. El gran pícaro hispanoamericano es Pedro Urdemales, que nació en España, pero se instaló en América, siempre listo para burlarse de los hacendados y los alcaldes.

Esta es una característica muy típica de nuestros personajes: el desafío al poder. Pobres de solemnidad, sus trampas y picardías apenas les bastan para ganarse el pan. Pero con sus bromas ponen en evidencia las injusticias sociales y la codicia de los poderosos.

Hay que reconocer que algunos pícaros son casi sabios. Un caso especial es el de Nasrudim Avanti, que recorre con su burro desde la China hasta los Balcanes, paseando sus cuentos por todo el Cercano Oriente. Todas sus picardías dejan también alguna enseñanza.

Y ahora, si van a seguir leyendo este libro, no se distraigan ni se dejen confundir y, sobre todo, presten mucha atención a sus bolsos y bolsillos. Con ustedes, charlatanes, simpáticos y grandes amigos de lo ajeno, los pícaros de este mundo.

HÍGADO DE LIEBRE

Cuento coreano

El rey Dragón del Océano Oriental había caído presa de una extraña enfermedad. El médico real, incapaz de encontrar la cura, decidió llamar en consulta a los mejores doctores de todo el mundo submarino. Uno por uno los médicos auscultaron el pecho real, buscaron los reflejos de las reales rodillas, examinaron la real garganta. Después se reunieron en un rincón de la cámara real a discutir los reales síntomas. Finalmente rodearon la cama del rey y el médico del palacio habló en nombre de todos.

—No hay cura para Su Alteza Real... —comenzó a decir.

Y los cortesanos tragarón saliva porque sabían lo que venía a continuación.

—Si yo muero, ustedes mueren conmigo —interrumpió el rey, con un murmullo de enfermo pero todavía enérgico.

—Quiero decir que no hay cura en vuestro reino submarino... —los cortesanos suspiraron con alivio—. Lo único que puede curar a Su Majestad es comer el hígado fresco y rojo, recién arrancado, de una liebre.

—Traigan esa liebre —ordenó el rey, con un acceso de tos cavernosa.

—Pero Su Alteza —dijo el médico—. Nosotros somos seres submarinos, y no podemos sobrevivir sobre la tierra...

12

—Tonterías. Hay alguien aquí que sí puede.

Los cortesanos se miraron entre ellos. ¿Quién era? Entonces se escuchó un ruido de pasos muy lentos que avanzaba hacia el rey mientras todos se abrían para dejar paso a la vieja tortuga.

—Yo puedo ir —dijo la tortuga—. Pero nunca vi una liebre en toda mi larga vida. ¿Cómo la voy a reconocer?

El rey Dragón llamó inmediatamente a los pintores de la corte. Por supuesto, tampoco ellos habían visto una liebre. Pero los médicos podían describir el animal con todo detalle, y así los pintores pronto obtuvieron el retrato de un animal peludo, de largas orejas, nariz rosada y labio partido: una perfecta liebre.

Con el retrato bien guardado debajo de su caparazón, la tortuga salió del palacio y se

echó a nadar. Estaba muy lejos de la costa y nunca hubiera llegado si no fuera porque conocía muy bien los caminos del mar, con sus corrientes submarinas y sus mareas. Después de varios días de nadar, remar, flotar, llegó por fin a tierra firme. Era un día hermoso y la tierra estaba colmada de criaturas vivientes de todas formas y tamaños. La tortuga, que era muy cuidadosa, miraba a todas y cada una con atención, comparándolas con el retrato. Vio pájaros, abejas, lombrices, mariposas, ratas, serpientes y zorros, pero ninguno se parecía a una liebre.

Finalmente, desde lo alto de una colina, divisó un animal de pelo castaño y largas orejas y reconoció inmediatamente al personaje del retrato. Pero cuando se lanzó colina abajo, resbalando y rebotando en su caparazón, lo único que consiguió fue asustar a la liebre, que escapó pegando saltos.

Sin embargo, las liebres son tan asustadizas como curiosas. Mientras la tortuga, que había aterrizado patas arriba, luchaba por enderezarse, la liebre se fue acercando poco a poco, cada vez más confiada al darse cuenta de que no había ningún peligro. La tortuga se había metido adentro de su caparazón para descansar un rato cuando sintió que golpea-

ban como quien golpea la puerta y asomó la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó la liebre.

—Soy Tortuga, del Océano Oriental, y usted, por lo que me contaron, debe ser la famosa Liebre. ¡Qué emoción, tener la oportunidad de conocer a alguien tan importante!

La liebre era muy vanidosa pero así y todo le parecía un poco raro que Tortuga hubiera cruzado todo el mar solo para conocerla.

14

—¿Y qué hace por aquí, tan lejos de su casa? —preguntó.

—Bueno, aparte de conocerla a usted, me habían hablado tanto de la vida en la tierra... Quise compararla con el fondo del mar, que conozco bien.

—¿Y cómo es el fondo del mar? —preguntó, curiosa, la liebre.

—¿Cómo? ¿Usted no conoce el mundo submarino? ¡Increíble! Por favor, hágame usted el honor de venir conmigo. ¡Verá maravillas que ni siquiera puede imaginar!

—Pero los animales de la tierra no pueden entrar al mundo submarino...

—Los animales comunes quizás no. ¡Pero usted! ¡La Gran Liebre! Yo puedo llevarla sin problemas. Piense en las aventuras que tendrá para contar a la vuelta...

Y, pensando en la envidia que le iban a tener todos sus amigos, la liebre se decidió. Se montó sobre el lomo de la tortuga y allá fueron. Apenas tuvo que retener el aliento durante la zambullida.

Pronto los misterios del mundo submarino se abrieron para ellas y la liebre, sana y salva, empezó el viaje increíble hasta el palacio del rey.

Cuando llegaron, la liebre no podía creer en sus propios ojos. Las paredes de coral, los muebles de nácar, el suelo tapizado de perlas, los peces-espada montando guardia en la puerta... Tocando las trompetas, los atunes anunciaron su llegada.

—¡La liebre está aquí! ¡Paso a la liebre!

—¿Cómo? —preguntó la liebre sorprendida—. ¿Me esperaban?

—Por supuesto —contestó la tortuga—. No siempre tenemos visitas tan importantes. El mismísimo rey Dragón está ansioso por recibirnos.

Mientras la tortuga se adelantaba para preparar el encuentro, la liebre se quedó esperando en un largo pasillo nacarado. Un grupo de anguilas jugaba a trenzarse y destrenzarse.

—¿Saben que tengo audiencia con el rey Dragón? —les dijo, muy orgullosa.

—¡Por supuesto! —le contestaron las anguilas—. El rey te está esperando. ¡Se muere por verte!

—Claro que sí —dijo un pulpo que pasaba por ahí—. Nada en el mundo le interesa tanto al rey como la liebre.

Y, atrapándola con uno de sus tentáculos, la arrastró con él hasta la Sala del Trono.

—Su Majestad —dijo el pulpo—. Aquí le traigo una liebre con su hígado rojo y fresco.

Por primera vez, la liebre se dio cuenta de que algo andaba mal y sus largas orejas comenzaron a temblar.

—Bienvenida —dijo el rey Dragón—. Seré breve. Para curarme, debo comer tu hígado. No lo laments. Salvar la vida del rey Dragón es un gran honor. Es mucho mejor que morir cazada por un hombre o un zorro. Te prometo un buen funeral. Tendrás incluso un pequeño monumento para recordar tu hazaña.

Desesperada, la liebre trató de ocultar su pánico. Para ganar tiempo, hizo una larguísima reverencia. Cuando levantó la cabeza, miró al rey con humilde sinceridad.

—Su Majestad me honra —dijo—. Solo que hay un pequeño problema. Vine sin el hígado.

—No te burlarás de mí —rugió el rey—. Nadie puede vivir sin hígado.



—Pero, Señor —continuó la liebre—. Como usted sabrá, mi hígado posee grandes poderes curativos, y por eso mismo tiene siempre mucha demanda. Se imagina que no puedo llevarlo encima así como así. Lo uso sobre todo por la noche y durante el día lo tengo escondido. Si la tortuga me hubiera dicho que usted lo necesitaba...

—¡Ningún animal puede ponerse y sacarse el hígado! —rugió el rey. Y los cortesanos del fondo del mar aprobaron con un murmullo. Pero, sin embargo, todos empezaban a dudar.

—Observe, Majestad —dijo la liebre—. Ningún animal tiene el labio superior partido como el mío. Esto es para que pueda sacarme el hígado por la boca con más facilidad.

Todos los cortesanos se inclinaron para observar mejor el labio partido en dos de la liebre.

—No hay un instante que perder, Su Alteza. ¡Ordene a la tortuga que me lleve de vuelta a tierra firme, al mismo lugar donde me encontró! Debo traer mi hígado cuanto antes, su vida está en grave peligro.

—Tortuga —ordenó el rey, tosiendo otra vez—, ve a buscar el hígado de la liebre y vuelve lo antes posible.

La tortuga y la liebre se fueron inmediatamente. Tardaron varios días en llegar a tierra

firme. Apenas vio las plantas, los insectos, las aves, la liebre saltó del lomo de la tortuga y se puso a bailar de alegría. Sin parar de reír, se escapó dando saltos.

La tortuga comprendió que la pícara liebre los había engañado. Y supo que nunca podría atrapar otra: en unos instantes, todas las liebres del mundo estarían pasándose el mensaje de alerta. Desesperada, se echó a sollozar.

—Admiro tu lealtad a tu rey —se oyó de pronto.

Era una voz profunda que resonaba con extraño acento. Un dios con una larga barba y coloridas vestiduras se inclinaba sobre la pobre tortuga.

—Estas son raíces de ginseng. El rey Dragón solo debe comerlas para recuperar la salud.

Y así fue. Desde entonces el pueblo de Corea ha usado las raíces de ginseng para curar a los enfermos y para mantener la salud. La tortuga es el ministro de más alto rango en la corte del rey Dragón. Y la liebre todavía debe andar riéndose por ahí.